

EL FLEJE

Año I - NÚM. 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Un mes. 0'50 pts.
Provincias 0'60 "

FUNDADOR

D. JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ

SAN JAVIER 22 AGOSTO DE 1931

ÓRGANO DE OBREROS Y LABRADORES

PUBLICACIÓN SEMANAL

EDITORIAL

Cuando los tiempos son, como dice la gente sencilla, una bendición; cuando en el surco se multiplicó la semilla compensando en parte el rudo trabajo del agricultor y por consecuencia de la buena cosecha, todas las actividades funcionaron con regularidad, nada tiene de extraño que los Ayuntamientos rurales, contagiados de tan envidiable abundancia, se sientan optimistas y sus componentes dejen pasar las horas de una manera placida; pero cuando el tiempo es adverso en la tierra y en el mar, cuando asoma, muy cerca, un invierno de estrecheces y miserias, no pueden en modo alguno los que voluntariamente se ofrecieron como padres del pueblo, contentarse con dormir en las sesiones, mandar cobrar los arbitrios y esperar a que llegue el momento de con él cirio asistir a un acto religioso.

No se concibe que los días transcurran sin darle importancia al panorama de una tierra agotada por la sequía constante, a la dolorosa caravana de los sin trabajo en procesión de hambre, al ambiente mísero que poco a poco nos va envolviendo sin que los Ayuntamientos no estén en vibración constante, en perenne movimiento, buscando soluciones, intercediendo, dando iniciativas, solicitando cooperación, atrayendo con delicadeza, exigiendo con autoridad, haciendo, en fin, cuanto humanamente sea posible para aminorar la pesadez agobiante del momento.

Nada más que dos pueden ser los motivos que obliguen a los municipios a esta quietud desconcertante. Carencia de buena voluntad, lo que de todo corazón rechazamos, o falta de condiciones para el buen gobierno de un pueblo.

Si el primer motivo se descarta forzosamente, hay que acojerse al segundo, resultando, entonces, cuando la situación no tiene espera posible, la postura deco-

rosa y el paso digno, hasta los niños de pecho lo conocen.

EL CASO DE LOS OBREROS SALINEROS DE PINATAR

Y llegó el siguiente día, aquel en que se iba a celebrar la asamblea entre los obreros salineros todos, para ver de llegar al acuerdo que les fundiría en un estrecho abrazo, bajo una sola bandera, terminando así antiguas rencillas y antagonismos que solo en perjuicio de la clase podían redundar. Yo, la verdad, lo confieso, se-

Salineros para el acuerdo, pero a su pesar seguían no confiando en que tal acuerdo se tomase al siguiente domingo, fecha que comunicaban se reunirían.

El camarada Hernández dió una conferencia en el teatro ante los obreros, haciendo atinadas consideraciones sobre la necesidad de unirse. El ambiente que se respiraba no podía ser más prometedor. Recuerdo que al final preguntó si en el local había obreros de la otra sociedad, y al contestarle que sí y que aplaudían con entusiasmo, nuevamente en su sonrisa manifestó su confianza. Pero la realidad no se dejó esperar para demostrar una vez más la habilidad con que los patronos cul-

tivan el "Divide y vencerás" y dejar mal parada la promesa de un hombre que la hizo de buena fé, y que a buen seguro una intencionada, o mejor dicho, mal intencionada información, aun le hace también de buena fé, hacer una sana rectificación.

Y llegó el domingo. Y los obreros de la Sociedad Salinera se reunieron. Y tomaron el acuerdo de dejar los hierros en las vainas; que todo quedase como estaba para mal de ellos y

SEMBLANZAS

*Un chambergo bohemio corona la cabeza,
que en prematura calva dejó el estudio austero.
Unos ojos que miran entre burla y tristeza
y una recia silueta de antiguo mosquetero.*

*Catedrático insigne, que enseña con esmero.
Orador de palabra que arrulla, vibra y reza.
Publicista de altura, en la amistad sincero.
Meridional en alma como en delicadeza.*

*Desfacedor de entuertos, cual Alonso Quijano,
a todo el que trabaja con amor llama hermano.
Gusta de los humildes y de ellos es consuelo.*

*Lucha, brega y predica con loable civismo
siguiendo fervoroso por nuestro socialismo
los pasos venerables del tan llorado "abuelo".*

gula viendo en mi sueño de sano optimismo -y me sentía orgulloso, cordialmente orgulloso- un próspero panorama de fraternidad. No a todos les sucedía lo mismo. Algunos camaradas me anunciaban que no asistirían. Y, en efecto, a pesar de citarles, solo se pudo conseguir un oficio contestación en el que se indicaba la imposibilidad de asistir a tomar decisión alguna sin que una previa reunión de su sociedad les autorizara mediante acuerdos.

En realidad aun no había motivos para desconfiar de que llegara a ser un hecho lo que al unísono fué pretensión tanto del Sr. Maura como nuestra. Ellos tenían su sociedad: no podían sin previa reunión tomar acuerdos. Todo muy razonable autorizaba el curso del optimismo. Los que yo creía unos pesimistas por sistema, no negaban la buena impresión causada en los elementos de la Sociedad de Obreros

beneficio del amo. Y asistió su ángel tutelar; les dió sus buenos y desinteresados consejos, apartándoles de la sorpresa que si no es por su piadosa intervención, les hubiera envuelto con promesas de predicadores interesados en labrar su desdicha, y que tan bajos, por su condición moral eran, que a la menor insinuación se habrían rendido. Pobrecitos míos, les dijo, ¿Qué sería de vosotros si en todo momento no estuviese yo aquí para defenderos? Y aquellos pobres camaradas nuestros que no conocieron más que de engaños y persecuciones se preguntaban ¿será verdad? Y satisfecho de haber salvado, aun a pesar suyo, al jovencuelo que su inexperiencia tuvo un día la mala hora de decir sentirse socialista, salió seguramente tan orondo de su faena. ¡Tendría que ver me deshicieran este mecanismo con que yo puedo ser amo absoluto! ¡Pues y el trabajo que me ha costado!

